CAIN.

MISTERIOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

POR

LORD BYRON

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

J. G.

Precio 12 reales.

MADRID:

IMPRENTA DE S. LANDÁBURU, PLAZA DE LOS CARROS 2.
1873.

11-2

CAIN.

MISTERIOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

POR

LORD BYRON

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

J. G.

MADRID: 1873.

IMPRENTA DE SERAFIN LANDABURU,

Plaza de los Carros, número 2.

PERSONAJES

ADAN.	EVA.
CAIN.	ABEL.
ADAH.	ZILAH.
UN ANGEL DEL SEÑOR.	LUCIFER.

ACTO PRIMERO.

Cercanías del Paraiso, al amanecer.

ESCENA PRIMERA.

ADAN, EVA, CAIN, ABEL, ADAH Y ZILAH.

(Ofreciendo un sacrificio.)

ADAN. Dios eterno, Dios infinito, sabiduría suprema, á tí cuya palabra hizo resplandecer desde las tinieblas del abismo la luz sobre las aguas, salud, Jehovah! cuando la luz vuelve á nosotros, ¡Salud!

EVA. Dios que diste nombre al dia separándolo de la noche ántes confundidos, que ceñiste las olas y llamaste firmamento á una parte de tu obra ¡Salud!

ABEL. Dios, que agrupaste los elementos para componer la tierra, el occéano, el aire y el fuego; que después de haber creado el dia y la noche así como los mundos sobre los cuales estienden su luz y su sombra, formaste séres para gozar de ellos, para amarse y amarte á tí mismo ¡Salud! ¡Salud!

ADAH. Dios eterno! Padre de todas las cosas que has creado séres buenos y bellos para ser amados sobre todos á escepcion de tí. Permite que amándolos te ame tambien ¡Salud!

ZILAH. Señor, tú que al protejer y bendecir las obras de tus manos, consentiste sin embargo á la serpiente deslizarse hasta el Paraiso del que expulsó á mi padre, presérvanos de todo mal futuro ¡Salud!

ADAN. Y tú Cain, primogénito mio ¿porqué estás en silencio?

CAIN. Y para qué he de hablar?

ADAN. Para ofrecer tu plegaria

CAIN. No habeis rogado vosotros?

ADAN. Si, hijo mio, con alma ferviente.

CAIN. Y con voz muy alta, ya os he escuchado

ADAN. Espero que Dios tambien.

ABEL. ¡Así sea!

ADAN. Pero tú, primogénito del hombre, continúas silencioso.

CAIN. Me es preferible callar.

ADAN. ¿Porqué?

CAIN. Porque nada tengo que pedir.

ADAN. ¿Y nada tampoco de qué dar gracias?

CAIN. No.

ADAN. Pués no vives?

CAIN. Y no he de morir?

EVA. Ay! hé aquí el fruto prohibido que ya comienza á caer del árbol.

ADAN. Nosotros debemos recojerlo! ¡Gran Dios! ¿porqué plantaste el árbol de la ciencia?

CAIN. ¿Y vosotros por qué no habeis cojido el fruto del de la vida? Entónces podríais desafiar al tirano.

ADAN. Hijo mio! no blasfemes! esas son las palabras de la serpiente.

CAIN. La serpiente dijo la verdad; á un lado estaba el árbol de la vida, el de la ciencia á otro; la ciencia es buena, la vida es buena tambien; ¿Por qué ambas juntas formaron un mal?

EVA. Cain, hablas como yo hablé ántes de tu nacimiento, en medio del pecado. Que no vea yo renovarse en tí mi desgracia. Estoy arrepentido. Mi hijo no debe sucumbir aquí á los peligros que perdieron á sus padres en el Paraiso. Conténtate con lo que eres, pues si nosotros lo hubiéramos hecho así, hoy te hallarias dichoso.

ADAN. Separémonos, nuestra oracion está terminada. Vuelva cada uno á su trabajo que aunque necesario, no es penoso.

La tierra jóven aún nos concede benévola sus frutos sin grandes esfuerzos.

EVA. Caín, hijo mio; mira á tu padre contento y resignado. Imitale. (Adan y Eva salen.)

ESCENA II.

CAIN, ABEL, ADAH, ZILAH.

ZILAH. ¿No quieres calmarte, hermano mio?

ABEL. ¿Por qué conservas sobre tu frente esa tristeza que debe llamar sobre tí la cólera del Eterno?

ADAH. Cain, amado, ¿A mí tambien me mirarás con aire tan sombrio?

CAIN. No, Adah, no, quiero estar solo un momento. Padre, mi corazon sufre, pero esto pasará. Adelántate, no tardaré en seguirte; y vosotras tambien, hermanas, adelantaos, no me aguardeis; vuestra dulzura no merece una acogida tan triste.

ADAH. Es que si tardas volveré á buscarte.

ZILAH. La paz del Señor sea con tu espíritu, hermano (Salen.)

ESCENA III.

CAIN.

Hé aquí nuestra vida! el trabajo: ¿Y porqué? porque mi padre no supo conservar su puesto en el Eden. ¿Qué habia hecho yo sin nacer aùn? Yo no pretendi nacer, y no me place la condicion en què este nacimiento me ha colocado.

¿Porqué cedió Adan á la serpiente y á la mujer? Y después de haber cedido, por qué fué tan duramente castigado?

Allí estaba el árbol; ¿y no era para él? sinó, ¿para qué ponerle cerca de este árbol el más bello de todos?

A estas preguntas responden solo que así

era la voluntad del Señor, y que el Señor es bueno.

No lo sé. Porque sea Todopoderoso se deduce que es soberanamente bueno? Yo lo juzgo por sus hechos, y son tan amargos!

Ya lo vés, Cain; te es preciso conquistar el sustento con doloroso trabajo por una falta que no ha sido tuya!

Alguien se adelanta...¡Oh! es un espíritu que tiene la forma de los ángeles. Sin embargo, hay en su aspecto alguna cosa más severa y más triste. ¿Por qué temerle más que á esos espíritus celestes, que veo cada dia blandir sus terribles espadas, ante quienes me detengo soñador solitario á lanzar en la hora del crepúsculo una mirada sobre aquellos jardines que coronan las almenas defendidas por ángeles? No me inspiran terror aunque armados de fuego, y éste que se aproxima, arroja sobre mí el espanto. Parece muy superior á ellos en poder; igual en hermosura, y sin embargo, menos bello de lo que habrá sido. El dolor parece la mitad de su inmortalidad. ¿La raza humana no es sola en el sufrimiento? Aquí llega.

ESCENA IV.

CAIN, LUCIFER.

LUC. Mortal.

CAIN. Espíritu ¿quién eres?

LUC. El señor de los espíritus.

CAIN. Y cómo los abandonas para visitar al polvo?

LUC. Yo conozco los pensamientos del polvo y tengo lástima de tí.

CAIN. Cómo! ¿Tú conoces mis pensamientos?

LUC. Y son los de todo aquel que es digno de tenerlos. La parte inmortal habla en tí.

CAIN. ¿Cuál es la parte inmortal? Esto no me ha sido revelado. Privándonos Adan del fruto del árbol de la vida, el de la ciencia fué

precipitadamente cogido por mi madre antes de tiempo, y su resultado la muerte.

LUC. Te han engañado: vivirás.

CAIN. Vivo...para morir; y viviendo nada hallo que me haga odiosa la muerte, á no ser una repugnancia innata, un cobarde instinto que aborrezco, despreciándome; pero ¡ah! no puedo vencerle. Así es como vivo. Plugiese al cielo que jamás hubiera nacido.

LUC. Vives y debes vivir siempre. No creas que tu esterior y terrenal envoltura es la existencia misma. La tierra caerá y entónces no serás menos de lo que hoy eres.

CAIN. No seré ménos! ¿Y porqué no he de ser más?

LUC. Acaso llegarás á ser como nosotros.

CAIN. Y vosotros qué sois?

LUC. Somos eternos.

CAIN. ¿Y felices?

LUC. Somos poderosos.

CAIN. Pero ¿felices?

LUC. ¿Lo eres tú?

CAIN. Cómo he de serlo! Mírame!

LUC. Pobre arcilla! ¿Y te juzgas muy desgraciado?

CAIN. Lo soy. Mas tú, con tanto poder ¿qué eres?

LUC. Un espíritu que quiso reemplazar á tu Creador, y no te hubiese formado tan miserable.

CAIN. Pareces casi un dios y.....

LUC. Dios no. No habiendo logrado serlo, tampoco quiero sér otro del que soy. El ha vencido....¡que reine!

CAIN. ¿Quién?

LUC. El Creador de tu padre, y de la tierra.

CAIN. Y del cielo, y de todo lo que contiene, como he oido decir á los serafines en sus cantos y como repite mi padre.

LUC. Repiten lo que están obligados á decir.....bajo pena de ser lo que yo soy.....lo que tú eres.....yo entre los espíritus, tú entre los hombres.

CAIN. ¿Y qué somos?

LUC. Almas que tienen el valor de usar de su in-

mortalidad, almas que se atreven á mirar al tirano cara á cara para decirle que el mal, aunque obra suya, no es un bien. Si él nos ha formado, segun dice, aunque lo ignoro y no lo creo; si él nos ha formado, ya no le es posible destruírnos; somos inmortales. Así nos ha querido para podernos atormentar... hágalo pues. Es grande, pero en su grandeza no es más feliz que nosotros en nuestras luchas. La bondad no hubiera podido crear el mal; y él ¿ha hecho otra cosa? Continúe sentado en su trono solitario ocupándose en crear mundos para aligerar la eternidad que pesa sobre aquella existencia inmensa, sobre aquella inmutable soledad. Amontone planetas sobre planetas...siempre quedará solo en su tirania infinita, indisoluble. Si pudiera destruirse á sí mismo, este seria el más precioso de sus prodigios; pero no, que reine y multiplique el dolor. Los espíritus y los hombres, simpatizamos, y sufriendo de concierto, hacemos más soportables nuestros innumerables tormentos al compartirlos entre todos. Mientras él, infeliz en su elevacion, entregado á la inquieta actividad de su miseria tiene que crear, y estar creando siempre.

CAIN. Me hablas de cosas que hace largo tiempo nadan en mi pensamiento como visiones. Jamás he podido conciliar lo que veo con lo que escucho. Mi padre y mi madre me entretienen con cuentos de serpientes, de frutos y de árboles. Veo las puertas de eso que llaman su *Paraiso* guardadas por querubines con rayos por espadas, prohibiéndonos el acceso, á ellos como á mí. Me abruma el peso de un trabajo cotidiano y de un pensamiento incesante. Paseo las miradas en torno á mí sobre un mundo donde no parezco nada; y al mismo tiempo siento nacer en mi cerebro pensamientos capaces de dominarlo

todo. Yo consideraba que esta infelicidad era mia solamente. Mi padre se ha resignado con su abatimiento. Mi madre olvidó aquella sed de ciencia que la hizo arrostrar la eterna maldicion. Mi hermano, pobre pastor ofreciendo las primicias de su rebaño á aquel por quien la tierra no concede sus frutos sino á fuerza de sudores. Mi hermana Zilah eleva cada dia un himno más temprano que el de las aves. Y Adah, la amada mia, no puede comprender toda la fuerza del pensamiento que me oprime. Hasta ahora nadie he encontrado cuyos sentimientos respondiesen á los mios. Sea pues, viviré entre los espíritus.

LUC. Y si la naturaleza de tu alma no te hubiera hecho digno de ellos, no me verias delante de tí bajo esta forma. La de una serpiente bastaria para fascinarte.

CAIN. ¿Con que tú eres el que habló á mi madre?

LUC. Yo no hablo á nadie más que la verdad. ¿Aquel árbol, no era el de la ciencia? ¿No habia tambien frutos en el de la vida? Fuí yo quien dije que no cogieran de estos? Fuí yo quién coloqué objetos prohibidos bajo la mano de séres inocentes, y curiosos en razon de su inocencia misma? Yo os huhiera convertido en dioses; asi lo temió aquel que os ha arrojado al veros comer el fruto que os haria semejantes á su grandeza. Estas fueron sus palabras.

CAIN. Asi me las han repetido; asi las escucharon mis padres entre el ruido de los truenos.

LUC. Juzga, pues, quién es el espiritu perverso. Aquél que no os dejó vivir ó aquel que os hubiera concedido la eternidad en el seno de los placeres y del poder que dá la ciencia.

CAIN. ¡Pluguiese al cielo que ni uno ni otro árbol fuesen tocados por la mano del hombre!

LUC. Ya es vuestro el uno; el otro aun puede pertenecer os.

CAIN. ¿Cómo?

LUC. Mostrando lo que sois por vuestra resistencia. El alma es inextinguible cuando quiere existir por su fuerza misma, haciéndose centro de todo cuanto la rodea, puesto que fué creada para dominar.

CAIN. Pero tú fuiste el tentador de mis padres?

LUC. Yo? ¿Cómo y por qué los hubiera tentado?

CAIN. Dicen que la serpiente encerraba un espiritu.

LUC. ¿Y quién lo ha dicho? El orgulloso Creador no se atreve á desnaturalizar la verdad hasta ese punto. Los terrores exajerados y la vanidad pueril del hombre hacen culpable de su cobarde derrota á la naturaleza espiritual. La serpiente era una serpiente, y nada más. Sin embargo, muy superior á la arcilla que tentaba; muy superior en saber, pues que triunfó de ellos adivinando que la ciencia seria fatal á sus estrechos goces.

CAIN. La serpiente tenia en sí un demonio.

LUC. No, pero supo despertar uno en el seno de aquellos á quienes habló con su hendida lengua. Te repito que la serpiente no era más que una serpiente; pregúntalo á los querubines que guardan el árbol tentador, Cuando hayan pasado mil generaciones sobre vuestra ceniza insensible, la raza que entonces habite el mundo, cubrirá con un velo fabuloso la primer falta del hombre atribuyéndome una forma que desprecio como todo lo que se inclina delante de ese Creador inagotable en séres destinados á poblar y adular su implacable eternidad solitaria.
Pero nosotros que hemos visto la verdad debemos decirla. Tus crédulos padres prestaron oido á un sèr rastrero, y sucumbieron. ¿Por qué os hubieran tentado los espíritus? ¿Qué seduccion habria en los estrechos límites de vuestro Paraiso para aquellos que abarcan el espacio? Ya ves que á pesar de tu

árbol de la ciencia te hablo de cosas que te son desconocidas.

CAIN. Cualquiera que sea la ciencia de que me hablas, yo aspiro á su posesion. Mi espíritu sediento se siente capaz de comprenderla.

LUC. ¿Tendrás valor de afrontarla!

CAIN. Pruébame.

LUC. ¿Osarias mirar á la muerte?

CAIN. Aun no se ha mostrado aqui.

LUC. Pero todo debe sufrirla.

CAIN. Mi padre asegura que es una cosa horrible; cuando se pronuncia su nombre, Eva llora, Abel levanta los ojos al cielo, Zilah baja los suyos y murmura una oracion; Adah me mira y enmudece.

LUC. ¿Y tú?

CAIN. Inexplicables pensamientos agolpados en mi corazon, le abrasan cuando oigo hablar de esa muerte poderosa, que parece inevitable. ¿Podriá yo luchar con ella? Jugando con el leon en mi infancia, ya me ha sucedido oprimirle tan fuerte, que se deslizaba de mis brazos y huia rugiendo.

LUC. La muerte no tiene forma exterior, pero absorverá todo lo que ha nacido sobre la tierra.

CAIN, Y la creia un sér. ¿Quién otro puede hacer tanto daño á los séres?

LUC. Pregúntaselo al destructor.

CAIN. ¿Quién es?

LUC. El Creador; llámale como quieras, el que no crea sinó para destruir.

CAIN. Lo ignoraba, aunque al oir hablar de la muerte llegué á sospecharlo. Sin saber lo que es me la figuro espantosa. La he buscado entre la vasta soledad de la noche cuando veia sóbre los muros del Eden relucir las espadas centelleantes de los querubines en medio de sombras gigantescas, muchas veces he querido verla aparecer porque mi corazon sentia un deseo temeroso de conocer lo que nos hace temblar. Pero nada aparecia y

mis ojos fatigados de ese Paraiso prohibido que fué nuestra cuna, volvianse hácia esas hermosas estrellas que lucen en el inmenso azul. ¿Tambien deben morir?

LUC. Acaso si, pero sobrevivirán largo tiempo á ti y á los tuyos.

CAIN. Tanto mejor. No quisiera verlas extinguirse. ¡Son tan dulces á mis ojos!...¿Pero qué es la muerte?
Ese terrible mal de que estamos amenazados los inocentes como los pecadores, en qué consiste?

LUC. En volver á la tierra.

CAIN. ¿Pero de un modo sensible?

LUC. Como aun no conozco la muerte, no te puedó responder.

CAIN. Si yo me convirtiese en tierra insensible.... no habria ningun mal en esto ¡Ojalá no hubiera sido nunca mas que polvo!

LUC. Cobarde deseo que te hace inferior á tu padre. El deseó la ciencia.

CAIN. Pero no la vida. ¿Porqué entonces no coger el fruto de este árbol?....¡Error fatal por el que ahora temo, sin saber qué...!

LUC. Y yo que todo lo sé no temo nada. Hé aqui el fruto de la verdadera ciencia.

CAIN. ¿Quieres enseñármela?

LUC. Con una condicion.

CAIN. Di.

LUC. Te prosternarás adorándome como á tu Señor.

CAIN. ¿No eres tú el que adora mi padre?

LUC. No.

CAIN. ¿Eres su igual?

LUC. No. Nada hay de comun entre ambos ni yo lo quiero. Cualquiera que sea el lugar sobre él ó bajo él, todo me es preferible á la necesidad de servir ó participar de su poder. Existo aparte, pero soy grande: muchos me adoran, muchisimos me adorarán. Sé uno de los primeros.

CAIN. Aun no he doblado la rodilla delante del Dios de mis padres, aunque Abel me invita con insistencia á unirme á sus sacrificios. ¿Porqué me abatiria en tu presencia?

LUC. ¿Jamás te has inclinado ante él?

CAIN. Ya te lo he dicho. ¿Es preciso que lo repita? Tu ciencia profunda debe revelarte todas las cosas.

LUC. Quien se humilla delante de él, ya se ha humillado delante de mi.

CAIN. Haz que yo conozca el misterio de mi ser.

LUC. Sigueme adonde voy á conducirte.

CAIN. Tengo que cultivar la tierra prometida.

LUC. ¿Qué?

CAIN. Recoger las primicias de algunos frutos.

LUC. ¿Para qué?

CAIN. Para ofrecerlos sobre un altar con mi hermano Abel.

LUC. ¿No acabas de decir que jamás encorbaste la frente al Creador?

CAIN. Es verdad.... pero he cedido á las súplicas apremiantes de Abel, la ofrenda es suya.... y....Adah.....

LUC. ¿Por qué te detienes?

CAIN. Adah es mi hermana...hemos nacido el mismo dia del mismo vientre...sus lágrimas me han arrancado esta promesa y antes que verla llorar puedo sufrirlo todo...adorarlo todo!

LUC. Sigueme.

ESCENA V.

DICHOS, ADAH.

ADAH. Vengo en tu busca, hermano, esta es la hora de nuestro reposo y alegria que es menor en tu ausencia. No has trabajado esta mañana pero yo cumplí tu faena; los frutos están maduros y brillantes como la luz que los sazona.

CAIN. ¿No reparas?

ADAH. Sí, veo un ángel, ¿quiere disfrutar de nuestro reposo? Sea bien venido.

CAIN. Pero no es un ángel como los que hemos visto otras veces.

ADAH. Pues qué, hay otros? No importa, bien venido sea como ellos, que se han dignado ser nuestros huéspedes.
¿Quiere serlo tambien?

CAIN. ¿Quieres?

LUC. Quiero que tú lo seas mio.

CAIN. Es preciso seguirle.

ADAH. Nos dejas?

CAIN. Si.

ADAH. Y á mi tambien?

CAIN. ¡Adah querida!

ADAH. Déjame acompañarte.

CAIN. No es posible.

ADAH. ¿Quién eres tú que te interpones entre su corazon y mi corazon?

CAIN. Es un Díos.

ADAH. ¿Cómo lo sabes?

CAIN. Porque habla como un Dios.

ADAH. Asi hablaba la serpiente... ¡y mentia!

LUC. Te engañas, Adah. Aquel era el árbol de la ciencia.

ADAH. Si, para nuestro eterno dolor.

LUC. Sin embargo, ese mismo dolor es una ciencia; no mentia la serpiente, y si os perdió fuè con la verdad. La verdad en su esencia no puede ser sinó buena.

ADAH. Pero todo lo que conocemos nos ha producido desgracia sobre desgracia; la expulsion, el abatimiento, el temor, el trabajo, la fatiga, los remordimientos de lo pasado, la esperanza de lo que no llega... Cain, no acompañes á ese espíritu; soporta lo que nosotros hemos soportado, y ámame. Yo te amo.

LUC. ¿Más que á tus padres?

ADAH. Sí. ¿Tambien esto es un pecado?

LUC. Aun no. Pero un dia lo será para vuestros hijos.

ADAH. ¡Qué! mi hija no podrá amar á su hermano Enoch?

LUC. Si, pero no como tù amas á Cain.

ADAH. ¡Oh Dios¡ ¿qué no se amarán? su ternura no enjendrará séres destinados á amarse como ellos? No se criaron ámbos en mi seno? Su padre no ha nacido del mismo vientre y en la misma hora que yo? No nos hemos amado y multiplicando nuestra existencia, no hemos multiplicado los séres amorosos? Cain, no le sigas; este espíritu no es de los nuestros.

LUC. El pecado de que os hablo no es obra mia ni lo es para vosotros...Lo será segun el juicio de aquellos que os reemplacen en vuestra condicion mortal.

ADAH. ¿Cuál es el pecado que no lleva el mal en sí mismo? ¿El crímen y la virtud, pueden depender de las circunstancias?
Seriamos entonces los esclavos de....

LUC. Séres más altos que vosotros son esclavos tambien, y lo serian otros mucho más superiores que prefieren la independencia en medio de las torturas, á la cobarde bajeza de la adulacion que se exhala en himnos, en acòrdes de arpas, en plegarias no inspiradas por el amor sinó por el cobarde egoismo, ante la faz del Todopoderoso.

ADAH. El Todopoderoso no puede ser más que la suprema bondad.

LUC. Como lo ha sido en el Eden..

ADAH. Espiritu perverso, no me fascines con tu belleza superior á los engaños de la serpiente.

LUC. La serpiente fué sincera como yo; preguntadlo á Eva vuestra màdre, que posee la ciencia del bien y del mal.

ADAH. ¡Oh madre! Tú has cogido un fruto más fatal á tu posteridad que á tí! Tú gozaste la juventud hermosa en el seno del Paraiso, en la inocente compañia de los espíritus bien

venturados, mientras nosotros tus hijos sin haber conocido el Eden nos vemos rodeados de peligrosos espíritus que saben imitar la palabra de Dios sirviéndose de nuestros amargos pensamientos. Asi fuiste tentada por la serpiente en la sencilla imprudencia, en el confiado abandono de la felicidad. No puedo responder al sér inmortal que está delante de mi, no puedo odiarle, le contemplo con placer y temor. Hay en su mirada una atraccion poderosa quo fija mis ojos en los suyos, que hace palpitar mi seno con violencia, que me atrae más y más hácia él...¡Cain, Cain, sálvame de su imperio!

CAIN. ¿Qué temes, Adah mia? No es un espíritu enemigo.

ADAH. Pero no es Dios, ni uno de sus ángeles. Yo he visto los serafines, y los querubines, y no es semejante á ellos.

CAIN. Hay espíritus más elevados aun, los arcángeles.

LUC. Y otros muy superiores á los arcángeles.

ADAH. Si, pero no son de los bienaventurados.

LUC. Si la bienaventuranza consiste en la esclavitud..¡no!

ADAH. He oido que los serafines son ángeles de amor, y los querubines los que más saben; este debe ser un querubin, puesto que no ama.

LUC. Y si la inmensidad de la ciencia anonada el amor ¿qué será aquel que no puede amar porque todo lo conoce? Si es cierto que los querubines aman menos porque saben más, el amor de los serafines no puede ser otra cosa que la ignorancia. El castigo fulminado sobre la osadia de tus padres, prueba que esas dos cosas son incompatibles. Escoged entre el amor y la ciencia, pues que no hay otra eleccion. Tu padre ya ha escogido...su adoracion es el miedo.

ADAH. ¡Oh Cain, escoge el amor!

CAIN. Amor para tí, Adah mia: amor que nació conmigo. Pero después de tu pasion no amo nada.

ADAH. ¿Y á nuestros padres?

CAIN. Nos han amado ellos cuando cometieron la falta que nos arrojó del Paraiso?

ADAH. Entónces no habiamos nacido...¿pero no debemos amarlos siempre? ¿no debemos amar á nuestros hijos?

CAIN. ¡Mi pobre Enoch...y su hermana; si pudiera verlos dichosos olvidaria hasta él...Pero ¡nó! aun despues de tres mil generaciones no habrán olvidado los mortales la fatal memoria del padre que abortó el mal al mismo tiempo que el género humano. Aquel que no contento con su infelicidad, te engendró á tí, á mí, al pequeño número de los que existimos, á toda esa innumerable multitud futura de millones de séres que deven venir al mundo para heredar los dolores acumulados por los siglos. ¿Yo debo ser el padre de esos séres? Tu belleza, tu amor...mi cariñosa alegria...la embriaguez de un instante, la calma que la sigue, todo lo que amamos en nuestros hijos y en nosotros mismos...todo, todo, para qué servirá? Para hacernos peregrinar á través de una larga série de años, de pecados, de tormentos...en una existencia rápida de aflicciones mezcladas con momentos de placer, para conducirnos á ese fin desconocido...¡la muerte! El árbol no ha cumplido su promesa. Nuestros padres pecaron por la ciencia ¿Y qué es lo que saben? Que son miserablemente infelices. Para enseñarnos esto no habia necesidad de frutos ni de serpientes.

ADAH. Yo no me hallo tan desgraciada, Cain; y si te viera feliz....

CAIN. Yo no quiero una felicidad que me humilla. Se feliz tú sola.

ADAH. ¿Sola? Ni querria ni podria serlo; en medio

de los nuestros me parece que si apesar de la muerte.

LUC. ¿Has dicho que no podrias ser feliz tú sola?

ADAH. ¡Oh Dios mio! sola quién podrá ser feliz ni buena? Mi soledad me pareceria un pecado mio, sufriria no viendo á mis hijos, á mi esposo, á mis hermanos y á mis padres.

LUC. Sin embargo, tu Dios es solo. ¿Será dichoso y bueno en su soledad?

ADAH. Mi Dios no es solo; mi Dios se ocupa en la felicidad de los ángeles y los hombres, y la reparte él mismo. ¿En que consiste la felicidad sinó en contribuir á la dicha de todos?

LUC. Pregúntalo á tu padre desterrado del Eden, pregúntalo á tu propio corazon que tampoco está tranquilo.

ADAH. ¡Ah, no! No lo está. ¡Espíritu, eres un habitante del cielo?

LUC. Si no lo soy, pregunta el porqué á esa universal fuente de ventura como tú le llamas; á ese Creador de la vida, tan grande y tan bueno: más no te lo dirá: es su secreto. Estamos obligados á sufrir. Resistir es inútil segun dicen los serafines; pero la empresa merece ser intentada. Hay en el espiritu una tendencia hácia la verdad, como hay en el firmamento una estrella hácia la que vosotros, jóvenes mortales, dirigis naturalmente los ojos, cuando sonrie al despuntar la aurora.

ADAH. Ah! es una hermosa estrella.....¡es tan grata su luz al corazon!

LUC. ¿Porqué no la adorais?

ADAH. Nuestro padre solo adora al invisible.

LUC. Pero, los simbolos del invisible son todas las grandes bellezas que hablan á vuestros sentidos, y esa luminosa estrella es la reina del firmamento.

ADAH. Nuestro padre dice que ha visto al mismo Dios su Creador.

LUC. ¿Y tú?

ADAH. Tambien, en sus obras.

LUC. Y en su sér?

ADAH. No, á no ser en nuestro padre que es la imágen misma de Dios, y en sus ángeles semejantes á tí y más refulgentes aunque en apariencia más bellos y poderosos. Se aparecen en el silencioso esplendor del dia y son á nuestros ojos brillantes como la luz; pero tú semejas á una noche etérea cuando negras nubes se dibujan sobre el fondo azul sombrio, é innumerables estrellas, como capullos de soles próximos á abrirse, siembran con su fulgente polvo la misteriosa bóveda del cielo. ¡Son tan hermosas, tan dulces!... que al absorver hácia si nuestras miradas mis ojos se humedecen de llanto, lo mismo que al mirar tu rostro.

Pareces muy desgraciado, no nos hagas infelices á nosotros y lloraré por ti.

LUC. ¡Ah, esas lágrimas! Si vieras juntos los torrentes de ellas que serán derramados.

ADAH. ¿Por quién?

LUC. Por todos.

ADAH. Pero quién son todos?

LUC. Millones de millones de séres la tierra poblada, y rebosando el infierno cuyo jérmen llevas en tu vientre.

ADAH. ¡Oh Cain! Este espíritu nos maldice.

CAIN. Déjale hablar. Voy á seguirle.

ADAH. ¿Dónde?

LUC. A un lugar del que volverá al cabo de una hora, pero durante ella podrá ver cosas de muchos años.

ADAH. ¿Cómo es posible?

LUC. Vuestro Creador destrozando mundos ya viejos formó de ellos este nuevo en pocos dias. Yo que le ayudé entónces, no podré mostraros en una lo que hizo en muchas horas, y lo que destruyó en ménos?

CAIN. Vamos.

ADAH. Volverá realmente al fin de una hora?

LUC. Si, para nosotros las acciones están exentas del tiempo; podemos condensar la eternidad en un instante ó hacer de un instante una eternidad. Ven, Cain.

ADAH. Ah!...me aseguras qué...

LUC. Si, mujer. Es el primero y el último, á escepcion de uno solo, que volverá de aquel espacio; te será devuelto para que aquel mundo lejano y al presente en silenciosa espectativa, sea tan poblado como lo será éste.

ADAH. ¿Y tú dónde habitas?

LUC. En todo el espacio. En los lugares donde tu Dios reside, alli resido yo, él comparte conmigo todo: la muerte, la vida, el tiempo, la eternidad, el cielo y la tierra, y ese espacio que ni es cielo ni tierra donde habitan aquellos que poblaron y poblarán uno y otro. Hé aquí mis dominios. Ya vés que una parte de su reino es mio y aun poseo otra que no es suya. Cain, ya lo has oido; si tienes sed de ciencia, yo puedo satisfacerla, sin hacerte gustar de ningun fruto, que te prive de ninguno de los bienes que te dejó el vencedor. Sígueme.

CAIN. Espíritu, lo he prometido. (Salen.)

ADAH. (Los sigue gritando.) Cain...¡hermano mio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En el abismo del espacio.

ESCENA PRIMERA.

CAIN Y LUCIFER.

CAIN. Voy andando sobre el aire y temo caer.

LUC. Ten confianza en mi, que el aire de quien soy principe te sostendrá. «Cree y no caerás, duda y morirás.» Asi será concebido el decreto del otro Dios que me llama demonio ante los ángeles, nombre repetido por ellos á los miserables séres que no percibiendo más allá de sus sentidos, adoran la palabra, aceptando por bueno ó malo lo que en su envilecimiento se les dá como tal. Yo no te impongo leyes tan absurdas; adórame ó no me adores, verás los mundos que existen más allá del tuyo miserable; no seré yo quién castigue tus dudas condenándote á sufrir después de la existencia. Un dia vendrá en que avanzando un hombre sobre algunas gotas de agua debe decir á otro hombre. *Cree en mi y camina sobre el mar*. Yo no te mando que creas en mi, yo no haré de tu creencia una condicion para salvarte. Ven, franquea con un vuelo igual al mio el abismo del espacio.

CAIN. Quien quiera que seas, Dios ó demonio, dime, aquello que percibo allá abajo ¿es nuestra tierra?

LUC. ¿Ya no reconoces el polvo de que fué formado tu padre?

CAIN. ¿Será posible? ¡Aquel pequeño globo ceniciento que flota allá en el éter acompañado

de otro globo inferior semejante al que alumbra nuestras noches terrestres! ¿En dónde está el paraiso? ¿Dónde los muros y los ángeles que le guardan?

LUC. Muéstrame hácia donde está situado.

CAIN. ¡Imposible! En tanto que avanzamos rápidos como los rayos del sol, el globo vá menguando y en torno de él se forma cierta aureola semejante á la que he visto brillar en redor de alguna estrella. Nos alejamos y las dos esferas se confunden con las miriadas de ástros que rodean el firmamento.

LUC. Y si supieses que existen otros mundos más extensos que el tuyo, habitados por séres muy superiores á ti, más numerosos que los granos de polvo de tu mezquina tierra...Y todos condenados á morir, todos desgraciados ¿qué dirias?

CAIN. Estaria orgulloso del pensamiento que conociese tales cosas.

LUC. Y si ese pensamiento se hallase ligado á una servil masa de materia, si conociendo todas estas cosas y aspirando á una ciencia más vasta aun, tu ser se encontrára esclavo de las más groseras más viles y necesidades, todas repugnantes y bajas: si el más supremo de sus goces no fuese más que un atractivo degradante, una impura y enervadora decepcion cuyo solo objeto es instigarte á enjendrar nuevas almas, nuevos cuerpos destinados todos á la fragilidad y á la desventura?

CAIN. Espiritu, no conozco la muerte sinó como una herencia que mis padres me han legado al mismo tiempo que la vida: pero si es verdad lo que tú dices (y una voz profética lo atestigua en mi interior,) deja que muera aqui, porque dar la vida á séres que llorarán largos años para morir después, no es más que propagar la muerte y multiplicar el homicidio.

LUC. Tú no puedes morir completamente, algo hay en ti que sobrevivirá.

CAIN. El otro Dios no ha hablado de esto á mi padre. Perezca en buen hora todo cuanto hay de mortal en mi si el resto me ha de igualar á los ángeles.

LUC. Yo soy ángel, ¿qnisiéras ser como yo?

CAIN. No sé lo que tú eres. Admiro tu poder que despliega misterios superiores á mis facultades, pero inferiores á mi voluntad.

LUC. ¿Y qué voluntad será bastante humilde para resignarse á vivir con los gusanos en una morada de tierra?

CAIN. Pues tú mismo, espiritu nutrido del mas horrible orgullo, tú mismo, seas quien seas, tienes impreso el sello del dolor.

LUC. Parezco lo que soy, y te he preguntado si quieres la inmortalidad.

CAIN. Acabas de decir que seré inmortal á despecho de mi mismo, y pués que asi debe ser, feliz ó desgraciado, quiero anticipar mi inmortalidad.

LUC. Ya lo has hecho antes de verme.

CAIN. Cómo?

LUC. Sufriendo.

CAIN. ¿El sufrimiento debe tambien ser inmortal?

LUC. Nosotros y tus hijos lo sabremos; contempla ahora ese magnifico espectáculo.

CAIN. ¡O campos del aire cuya belleza escede á la imaginacion! ¡Oh masas innumerables de luz que sin cesar os multiplicais ante mis ojos! ¿Qué son esas azules llanuras, ese desierto sin limites donde flotais como vi flotar las hojas sobre los rios limpios del Eden? ¿obedecen á una mano que trazó su carrera, ó abandonados á las leyes del capricho ván errantes por un universo aéreo de infinita expansion, cuyo solo pensamiento eleva al vértigo mi alma embriagada de eternidad? ¡Oh Dios cuyas obras son tan bellas! Pueda yo morir como mueren los átomos, si es que

mueren, ó conocerte en todo tu poder y toda tu ciencia. En este instante no son indignos de ti mis pensamientos. Es preciso que muera ó que contemple más de cerca tu inmensa creacion.

LUC. Mas cerca aún? Vuelve y mira hácia la tierra.

CAIN. Dónde esta?

LUC. Nada ves y sin embargo aun brilla.

CAIN. ¿Aquello?

LUC. Si.

CAIN. ¡Ah! Yo he visto las moscas fosfóricas y los gusanos de luz brillar á la hora del crepúsculo sobre el verde musgo de los bosques sombrios y despidiendo mas resplandor que ese mundo que los lleva.

LUC. Ya has visto brillar los inséctos y los mundos.

CAIN. Bellos son cada cual en su destino y durante la noche que los hace resplandecer. Alguien debe guiar á la mosca fosfórica en su vuelo y á la estrella inmortal en su carrera.

LUC. ¿Pero, quién crees tú que puede guiarlos?

CAIN. Házmelo ver.

LUC. ¿Osarias mirarlo?

CAIN. ¿Cómo puedo saber si lo osaria? ¿Qué me has mostrado hasta ahora sobre que no haya osado fijar la mirada?

LUC. Sígueme. ¿Qué es lo que más deseas ver?

CAIN. Las cosas que no he visto ni veré jamás; los misterios de la muerte.

LUC. Adelante, pues, sobre nuestras poderosas alas.

CAIN. ¡Oh como hendimos el azul. Las estrellas palidecen detrás de nosotros. La tierra...¡dónde está la tierra! deja que la mire otra vez, pues de ella he sido formado.

LUC. Ya no está al alcance de tu vista, ya es en el Universo un punto más imperceptible, que tú mismo...pero nada temas, pronto volverás al polvo, porque asi es la condicion de tu eternidad y de la mia.

CAIN. ¿A dónde me conduces?

LUC. Hácia lo que era antes que tú, hácia el fantasma de un mundo de quien el tuyo no es más que un despojo.

CAIN. ¿Pues qué, el mundo no es nuevo?

LUC. Lo mismo que la vida, y la vida existia antes que tú, antes que yo, y antes de aquel que parece más grande que tú y que yo. Muchos séres no tendrán fin, y algunos que pretenden no haber tenido principio, reconocen un orígen tan miserable como el tuyo; otros séres más poderosos se han estinguido para hacer sitio á séres más débiles de lo que puedes imaginar; porque nada hay ni habrá eternamente inmutable, sino el tiempo y el espacio. Para la tierra, morir es cambiar.

CAIN. Las luces se disipan rápidamente lejos de mi. Algunas se condensan al acercarnos, y parecen mundos.

LUC. Esos son.

CAIN. ¿Con hombres?

LUC. Y con séres más elevados.

CAIN. Y con serpientes, sin duda.

LUC. ¿Querias tú que no se encontrasen serpientes donde hay hombres? ¿Crées que solo tienen derecho de vivir los reptiles que andan en dos piés?

CAIN. ¡Qué lúgubre claridad! No hay sol, no hay luna ni hay estrellas. El azul purpúreo de la tarde, se cambia en un sombrio crepúsculo entre el cual percibo masas enormes semejantes á los mundos á que nos hemos acercado, que ceñidos de luz parecian llenos de vida aunque su radiosa atmósfera se hubiese disipado; en su superficie se dibujaban las desigualdades del terreno, sus altas montañas y sus profundos valles; unos centelleaban, otros dejaban ver inmensas llanuras de agua, otros iban acompañados de círculos radiosos ofreciendo el aspecto encanta-

dor de la tierra. Pero aquí todo es tinieblas y terrores.

LUC. Sí: todo es distinto. ¿Deseas ver la muerte y los séres que han sido su presa?

CAIN. No la busco; más como sé que existe, como mi padre se ha colocado bajo su imperio conmigo y toda nuestra herencia, deseo entrever ahora lo que un dia debo contemplar á la fuerza.

LUC. Pues mira.

CAIN. No percibo más que tinieblas.

LUC. Estas tinieblas existirán eternamente. Entremos.

CAIN. ¿Podré volver?

LUC. Ciertamente. ¿Sinó quién poblaria el imperio de la muerte?

CAIN. Las nubes se apartan y nos rodean con sus vastos círculos.

LUC. Nada temas: sin mí no hubieras podido salir de los límites de tu mundo. Adelante.

(Desaparecen entre las nubes.)

ESCENA II.

En el abismo de la muerte.

LUCIFER Y CAIN ENTRAN.

CAIN. Silenciosos y vastos son estos mundos de oscuridad. Parece que hay muchos y poblados de séres más numerosos que los globos inmensos que he visto nadar en el aire superior. Y eran tantos, que los hubiese tomado por habitantes de no sé qué cielo incomprensible, más que por globos dispuestos para ser habitados, si al acercarme no hubiese distinguido una inmensidad de materia hecha para servir de morada á séres vivientes, mas bien que para recibir ella misma la vida.

LUC. Este es el reino de la muerte. ¿Quiéres verla aparecer?

CAIN. Hasta que sepa realmente lo que es, no pue-

do responderte. Mas si consiste en lo que he escuchado á mi padre en sus lamentaciones sin fin, ¡maldito sea el que inventó la vida que lleva á la muerte! ¡Maldita sea la materia estúpida que en posesion de la vida no puede conservarla y se le deja arrancar.... !

LUC. ¿Maldices á tu padre?

CAIN. ¿Y no me maldijo él al lanzarme al mundo? ¿No me maldijo antes de mi nacimiento al cojer el fruto prohibido?

LUC. Es verdad. Entre tu padre y tú, la maldicion es mútua; pero, y tus hijos y tu hermano?

CAIN. La compartirán conmigo. No me han legado otra cosa, y yo les dejo mi herencia. ¡Oh! vosotras regiones tenebrosas y sin límites, sombras flotantes de enormes fantasmas, los unos completamente descubiertos; otros diseñándose en el vacio; todos imponentes y lúgubres, ¿qué sois? ¿vivis ó habeis vivido?

LUC. Pertenecen á uno y otro estado.

CAIN. ¿Pues qué es la muerte?

LUC. ¿No os dijo vuestro Creador que era otra vida?

CAIN. Hasta ahora nada ha dicho, sinó que todos moriremos.

LUC. Acaso un dia se descubra este secreto.

CAIN. Dichoso dia.

LUC. ¡Si, dichoso! Os será revelado en medio de inexplicables agonias, acrecentadas además por los dolores eternos impuestos á millones de séres inocentes que están aun por nacer y que recibirán la vida con este solo objeto.

CAIN. ¿Quiénes son estos poderosos fantasmas que veo flotar en torno á mi? No tienen la forma de los ángeles ni de los hombres, y sin embargo, su aspecto indica séres bellos, orgullosos, llenos de fuerza aunque de una forma inexplicable.

LUC. Esos ya han vivido.

CAIN. ¿Dónde?

LUC. Donde tú. Habitaron lo que llamais la tierra.

CAIN. ¡Cómo! Adan no es el primero.

LUC. Si, el de tu raza; porque es muy poco para pertenecer á esta.

CAIN. ¿Pues qué fueron esos?

LUC. Séres vivientes, elevados, buenos, grandes, y gloriosos, tan superiores en todo á lo que hubiera podido ser tu padre en el Eden como tu estirpe más lejana en su triste y fea degeneracion, será inferior á ti y á tu hijo. Juzga de su debilidad actual por tu propia carne.

CAIN. ¡Desgraciado de mi! ¿Y han perecido?

LUC. Sobre su tierra como tù desaparecerás de la tuya.

CAIN. ¿Pero la mia, era la de ellos?

LUC. Sí.

CAIN. Sin duda no estaba como ahora; es muy miserable para tales criaturas.

LUC. Entonces que era mucho mas expléndida.

CAIN. ¿Y por qué causa ha degenerado?

LUC. Pregúntaselo al que hace degenerar.

CAIN. ¡Pero cómo?

LUC. Una destruccion inexorable, un espantoso desórden de los elementos hizo entrar el mundo en el Caos de donde habia salido. Estas cosas aunque raras en el tiempo, son frecuentes en la eternidad. Abanza y contempla el pasado.

CAIN. ¡Espectáculo terrible! (Mirando.)

LUC. Es verdad! Mira estos espectros que fueron tan materiales como tú.

CAIN. Y me está reservada la misma suerte que á ellos?

LUC. Que tu Creador te responda. Yo te muestro lo que son y lo que fueron tus predecesores. Lo que tuvisteis de comun es, la vida; lo que tendreis es la muerte. El resto de vuestros miserables atributos es digno de reptiles engendrados con el fango de un poderoso universo reducido á no ser más que un planeta informe poblado de séres cuya felicidad

debia consistir en la estupidez.... Paraiso de la ignorancia donde la ciencia estaba prohibida como un veneno. Si este espectáculo te es penoso yo te volveré hácia tu odiosa tierra.

CAIN. No odio la tierra aunque estoy condenado á cultivarla; lo que me irrita es no poder apropiarme sin trabajo cuanto bello produce; no poder satisfacer mil pensamientos ávidos de ciencia. Pero esas otras criaturas enormes que parecen inferiores en inteligencia á los que acabamos de ver, cuya talla supera á los muros del Eden, cuyos ojos resplandecen como las espadas de sus ángeles y cuyos colmillos se proyectan como árboles despojados de su corteza y sus ramas, ¿qué son?

LUC. Lo que el mammouth en vuestra tierra, cuyas entrañas conservan despojos suyos.

CAIN. Ninguno vive en su superficie?

LUC. No: pues si tu raza tuviese que hacerles guerra, la maldicion lanzada contra ellos sería inútil; pronto estariais anonadados.

CAIN. Y ¿porqué la guerra?

LUC. ¿Ya olvidaste la sentencia que os arrojó del Eden? La guerra con todos los séres, la muerte para todos, y las enfermedades para el mayor número; estos son los frutos del árbol prohibido.

CAIN. ¿Pero comieron de él los animales, que tambien deben morir?

LUC. Vuestro Creador los formó para vosotros, como vosotros lo fuisteis para él. ¿Quiéres que su suerte sea más envidiable que la vuestra?

CAIN. ¡Desgraciados séres! comparten como sus hijos la suerte de mis padres, y como ellos tampoco poseen la ciencia tan caramente comprada! El árbol mentia, pues nada sabemos. Prometió la ciencia aunque á precio de la muerte. ¿Y qué es lo que sabe el hombre?

LUC. Acaso la muerte conduzca á la suprema

ciencia; y como de todas las cosas es la única cierta, conducirá á la ciencia más segura.

CAIN. No puedo comprender estos tenebrosos reinos.

LUC. Porque tu hora no ha llegado. Todo parecerá claro á tu inmortalidad..

CAIN. Y este espacio liquido de un azul deslumbrador, esta flotante llanura que se pierde de vista y parece agua, que la tomaria por un rio del Paraiso si sus ondas tuviesen limites, dime lo que es.

LUC. Sobre la tierra existen llanuras semejantes, y tus hijos habitarán en sus orillas. Es el fantasma de un Occéano.

CAIN. Diria que otro mundo ó un sol liquido. ¿Y esa inmensa serpiente que desde el fondo del abismo levanta su húmeda crin y su vasta cabeza diez veces mas alta que los cedros y parece capaz de envolver en sus repliegues cualquiera de los globos que acabamos de ver...¿Pertenece á la especie de la que deslizó sus anillos bajo el árbol del Eden?

LUC. Tu madre Eva puede mejor que yo decirte qué clase de serpiente la ha tentado.

CAIN. Aquella debia ser mas hermosa.

LUC. ¡Hombre sencillo! Siempre que tu mujer ó las mujeres de tus hijos os arrastreu á una nueva tentacion, reconocereis aquella por quién en su principio fueron tentados.

CAIN. Tu consejo llega tarde. La serpiente ya no tiene tentaciones que ofrecer á las mujeres.

LUC. Pero si la mujer al hombre y el hombre á la mujer. Que tus hijos se guarden. Mi advertencia es generosa y está dada á mis expensas; es verdad que no arriesgo mucho, porque nadie me hará caso.

CAIN. No te comprendo.

LUC. El mundo y tú sois todavia muy jóvenes. Te conceptúas muy criminal y muy desgraciado, ¿no es verdad?

CAIN. En cuanto al crímen no le conozco: en cuanto al dolor, si: ya he sufrido mucho.

LUC. ¡Primogénito del hombre! tu estado actual de culpa, porque el crímen está en tu corazon, y de dolor porque sufres, es un Paraiso en toda su candidez comparado á lo que bien pronto serás; y ese redoblamiento de miseria en que entonces te halles, será asimismo otro Paraiso comparado á lo que tus descendientes deben pasar y sufrir un dia. Ahora volvamos á la tierra.

CAIN. Y solo para enseñarme esto me has conducido aqui?

LUC. ¿No buscabas la ciencia?

CAIN. Si, como el camino de la felicidad.

LUC. Pues si la verdad conduce á ella, tú la posees.

CAIN. Entonces el Dios de mi padre, hizo bien en prohibir el árbol fatal.

LUC. Mejor hubiera hecho en no haberle plantado. Pero la ignorancia del mal no os preserva de vuestros instintos.

CAIN. No puede ser. Yo tengo el deseo del bien.

LUC. ¿Y quién es el que no tiene ese deseo? ¿Quién desea el mal por su propia amargura? ¿Nadie? El mal es la levadura de toda vida, de toda cosa innanimada.

CAIN. En todos esos globos espléndidos que hemos visto no puede penetrar el mal; son muy bellos.

LUC. Te parecen asi de lejos.

CAIN. La distancia solo debilita su esplendor; vistos de cerca deben ser mas bellos aun.

LUC. Aproxima á ti las cosas mas seductoras de la tierra y júzgalas de cerca.

CAIN. Ya lo he hecho. El objeto más hermoso que conozco es más encantador cuanto más le contemplo. Mi hermana Adah. Todas las estrellas del cielo, el azul profundo de la noche iluminado por un ástro semejante á un espíritu, las tintas del crepúsculo, el amanecer

radioso del sol, su retirada indescriptible (porque al verle descender, mis ojos se bañan de lágrimas y siento flotar mi corazon hácia el occidente entre un Paraiso de nubes,) la selva sombria, la verde enramada, la voz del ave que mezcla sus cánticos de amor al de los querubines cuando los últimos rayos del dia doran los muros del Eden, todo esto es menos bello que el rostro de Adah; y para contemplarla se apartan mis ojos del espectáculo del cielo y de la tierra.

Luc. Si, es bella, tanto como pueden ser los capullos de la frágil mortalidad en la primera flor de su creacion: el fruto de los primeros abrazos de los autores de la raza humana. Pero todo es una ilusion.

Cain. Piensas asi porque no eres su hermano.

Luc. Mortal, yo no reconozco fraternidad con los séres que enjendran; pero si tú posees un objeto encantador que supera á todas las bellezas, ¿porqué eres desgraciado?

Cain. Dime porquè existo. ¿Porqué eres tú tambien desgraciado? ¿Porqué lo son todos? Aquel que nos ha creado, debe serlo igualmente como Creador de séres infelices. Crear la destruccion no es posible que sea el empleo de un sér feliz. ¿Y si es bueno, porqué existe el mal? He propuesto esta cuestion á mi padre, y me ha contestado que el mal es un camino para llegar al bien. Singular bien que tiene que nacer de su enemigo! Hace tiempo vi un cordero picado pór un reptil; el pobre animal se arrastraba á los piés de su madre exalando su dolor en inútiles balidos; mi padre aplicó algunas hiervas á su herida; y entonces el pobre cordero recobrando su energía se levantó dirigiéndose á su madre que temblorosa de contento se puso á lamer aquellos miembros reanimados. Hé aquí, hijo mio, esclamó Adan, hé aquí como el bien nace del mal mismo.

LUC. Y tú ¿qué le respondiste?

CAIN. Nada, porque era mi padre; pero pensé que fuera preferible al animal no haber sido picado, que comprar su salud á costa de tan crueles dolores.

LUC. Dices que entre todos los séres amas á aquella que partió contigo el pecho de tu madre y dió el suyo á tus hijos.

CAIN. Seguramente: ¿Qué seria yo sin ella?

LUC. Lo que yo soy.

CAIN. ¿No amas á nadie?

LUC. ¿Y tu Dios que es lo que ama?

CAIN. Mi padre dice que todas las cosas. Aunque yo confieso que sus acciones están lejos de probarlo.

LUC. Por lo mismo ignoras si yo amo ó no: si observo un plan general en el que vengan á fundirse los objetos particulares, como la nieve en las aguas de un lago.

CAIN. ¡La nieve! ¿Y qué es eso?

LUC. Contémplate dichoso al no conocer lo que deba sufrir tu lejana posteridad, y continúa gozando de este clima sin invierno.

CAIN. ¿Pero no amas ningun objeto semejante á tí?

LUC. ¿Te amas á ti mismo?

CAIN. Si; pero mucho más á quien hace soportables mis dolores.

LUC. La amas porque es bella como la manzana á los ojos de tu madre; pero cuando deje de serlo, tu amor acabará como todas las pasiones.

CAIN. ¿Dejar de ser bella? ¿cómo es posible?

LUC. Con el tiempo.

CAIN. El tiempo ya ha corrido, y Adan y mi madre son bellos todavia, aunque menos que Adah y los serafines.

LUC. Pues todo debe concluir en ellos y en ella.

CAIN. Lo sentiré; aunque no comprendo porque ha de disminuir mi amor. En cuanto desaparezca su hermosura me parece que aquel por quien fué creada toda belleza, perderá más que yo viendo destruirse sus obras es-

cojidas.

LUC. Yo te compadezco porque amas lo que ha de perecer.

CAIN. Y yo porque no amas nada.

LUC. ¿Y tu hermano, no está tambien cerca de tu corazon?

CAIN. ¿Porqué no?

LUC. Tu padre le ama muchísimo...Tu Dios igualmente.

CAIN. Yo tambien.

LUC. Esto es portarse humildemente.

CAIN. ¿Humildemente?

LUC. Es el segundo hijo del hombre y el favorito de tu madre.

CAIN. Que guarde ese favor. La serpiente ha sido la primera en obtenerlo.

LUC. Y tiene el de tu padre.

CAIN. ¿Qué me importa? ¿No debo amar al que es amado de todos?

LUC. Y Jehová...el Señor indulgente, ese generoso Criador del Paraiso, cuya entrada os prohibe, tambien se sonrie con benevolencia.

CAIN. Jamás lo he visto; no sé si se sonrie.

LUC. Pero has visto á sus ángeles.

CAIN. Rara vez.

LUC. Bastante sin embargo para estar cierto de su cariño hácia tu hermano. Sus sacrificios son favorablemente acojidos.

CAIN. ¡Que lo sean! ¿Porqué me hablas de estas cosas?

LUC. Porque ya has pensado en ellas.

CAIN. Y aunque asi fuese, ¿para qué recordarme un pensamiento que...(Cain se detiene vivamente agitado.) ¡Espíritu! aquí estamos en tu mundo; no hablemos del mio. Has desplegado á mis ojos espantosas maravillas; me has hecho ver los séres poderosos anteriores á nuestra raza; me has mostrado millares de mundos de quien el mio es un oscuro y lejano compañero, en la carrera ilimitada de la vida; me has hecho ver las sombras de ese génio terrible que mi padre ha traido al

mundo: la muerte; he visto multitud de cosas; pero no todo aun. Muéstrame la morada de Jehová; su Paraiso especial ó el tuyo, ¿dónde está?

LUC. Aquí, en todo el espacio.

CAIN. Pero á semejanza de los demás séres, tú tendrás un reino asignado. Nosotros tenemos la tierra. Los otros mundos tienen sus habitantes. Todas las criaturas dotadas de existencia viven en un elemento particular; Jehová y tú debeis tener el vuestro. ¿Habitais juntos?

LUC. No: reinamos juntos; pero nuestras moradas son distintas.

CAIN. ¡Plugiera al cielo que uno solo de vosotros existiera! Acaso la unidad de miras estableciera la concordia entre los elementos que ahora se combaten. Siendo espiritus sábios é infinitos, ¿cómo habeis podido separaros? ¿No sois hermanos por vuestra esencia, vuestra naturaleza y vuestra gloria?

LUC. ¿No eres tú hermano de Abel?

CAIN. Lo soy y lo seré; pero aunque no lo fuera, el espiritu es como la carne? ¿Puede haber lucha en el seno del infinito y de la inmortalidad? ¿Es posible que las divinidades se dividan transformando el espacio en un campo de miserias? ¿Y porqué?

LUC. Por reinar.

CAIN. ¿Pues no me has dicho que ámbos sois eternos?

LUC. Si.

CAIN. ¿No es ilimitado ese azul inmenso que hemos recorrido?

LUC. Si.

CAIN. ¿Pues no hay bastante espacio para que reineis los dos?

LUC. Y los dos reinamos.

CAIN. Entonces, uno de vosotros es el autor del mal.

LUC. ¿Y quién?

CAIN. Tú. ¿Si puedes hacer bien al hombre, porqué no lo haces?

LUC. ¿Y porqué no se encarga de eso vuestro Creador? Yo no os he formado; sois sus criaturas, no las mias.

CAIN. Deja, deja esas criaturas, como tú las llamas, y enséñame tu morada ó la suya.

LUC. Tiempo vendrá en que habites para siempre una de ellas. Ahora te volveré á la tierra para multiplicar la raza de Adan; para comer, beber, trabajar, llorar, dormir, y morir.

CAIN. ¿Y con este objeto me has mostrado tantas cosas!

LUC. ¿No me pedias la ciencia? ¿Y en lo que has visto, no te he enseñado á conocerte?

CAIN. ¡Ah! parece que no soy nada.

LUC. Hé ahí á donde puede llegar toda la ciencia humana; á conocer la nada de vuestra naturaleza mortal. Trasmite esta ciencia á tus hijos y les evitarás muchas infelicidades.

CAIN. ¡Espiritu altivo! hablas con mucho orgullo: tú mismo, tan soberbio como eres, tendrás un señor.

LUC. No, por el cielo donde él reina, por la inmensidad de los mundos y la vida cuyo imperio comparto. ¡No! Tengo un vencedor, es verdad, pero no un dueño Recibe los homenages de todos: de mi, ninguno; yo le combato aun como le combati en el cielo. Durante toda la eternidad, en los abismos impenetrables de la muerte, en los reinos ilimitados del espacio, en la infinidad de los siglos, todo, todo le será disputado por mi. Mundo tras de mundo, estrella tras de estrella, universo tras de universo, oscilarán en la balanza, este gran combate solo podria cesar con el anonadamiento de uno de los dos. ¿Y quién puede anonadar nuestra inmortalidad y nuestro implacable ódio? En su cualidad de vencedor dará al vencido el nombre de perverso; pero él, ¿de qué beneficios es autor? Si yo hubiese vencido, todas sus obras serian declaradas malas. Vosotros

apenas nacidos á la existencia, decidme, ¿cuáles son los bienes que os ha hecho?

CAIN. Poco numerosos, y bien amargos algunos.

LUC. Vuelve conmigo á la tierra para saborear el resto de los celestes favores que os reserva. El bien y el mal, son tales por su propia esencia, sin deberla á la cualidad de aquel que los otorga. Si lo que os dá es bueno, llamadlo bueno por sí mismo: si es malo, no me lo atribuyais. Juzgad, no sobre palabras aunque sean pronunciadas por los espíritus; sinó sobre los resultados tales como vuestra existencia. No os dejeis dominar por amenazas tiránicas ni por creencias desmentidas por vuestra razon; aprended á sufrir y á pensar. Y cuando os falte el mundo exterior, creaos en vuestra alma un mundo propio. Así es como os acercareis á la naturaleza espiritual y luchareis victoriosamente contra la tierra vuestro orígen. (Desaparecen.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La tierra, cercanías del Paraiso.

ESCENA PRIMERA.

ENTRAN CAIN Y ADAH.

ADAH. Poco á poco, Cain, no hagas ruido. Nuestro hijo Enoc duerme sobre este lecho de hojas á la sombra del ciprés.

CAIN. El ciprés: ese árbol de tristeza que parece llorar sobre los objetos que cubre. ¿Por qué has escojido ese árbol para nuestro hijo?

ADAH. Porque sus ramas interceptando el sol, como lo haria la noche, convidan al reposo.

CAIN. Sí; al último, al más largo. No importa, llévame hácia Enoc ¡Qué encantador! el encarnado de sus mejillas rivaliza con las hojas de que está sembrado su lecho.

ADAH. No le beses ahora: aguarda un poco á que se despierte.

CAIN. Tienes razon. Sonrie y duerme. Hijo mio, tierno heredero de un mundo casi tan jóven como tú. ¡Dichosa edad! tus horas resplandecen de inocencia y alegria. Tú no has cojido el fruto fatal, tú no sabes que estás desnudo. Ya llegará un tiempo en que seas castigado por faltas que no fueron tuyas ni mias. Duerme ahora: una sonrisa más dulce agita sus mejillas; sus párpados brillantes tiemblan bajo sus largas cejas tan pobladas como el ciprés que le cobija. Sin duda sueña. ¿Con qué? Con el Paraiso. Si, sueña con tu Paraiso, hijo desheredado, porque ningun hombre volverá á entrar en esa mansion de delicias.

ADAH. Querido Cain, no recuerdes cerca de tu hi-

jo esos tristes sentimientos del pasado. ¿Llorarás eternamente el Paraiso? ¿No está en nuestro poder crear nosotros?

CAIN. ¿Dónde?

ADAH. Aquí. Donde tú quieras: donde tú estés no sentiré la ausencia de ese Eden tan lamentado. Aqui tengo á mi esposo, á nuestro hijo, á nuestro padre, á nuestros hermanos, á Eva, en fin, á quien tanto debemos además de nuestra existencia.

CAIN. Si, la muerte es uno de sus beneficios.

ADAH. Cain, aquel orgulloso espíritu te ha vuelto más sombrio aun. Esperé que las maravillas que habia prometido mostrarte hubiesen dado á tu corazon la calma de la curiosidad satisfecha. Tu guía ha sido fatal; sin embargo, le perdono por devolverte tan pronto á mis brazos.

CAIN. ¿Tan pronto?

ADAH. Dos horas de ausencia, aunque me han parecido dos años; pero dos horas solamente segun el sol.

CAIN. En ese caso, ó el espiritu crea tiempo ó lo mide segun su voluntad. He visto las obras inmortales de séres infinitos. He atravesado por mundos cadáveres; y contemplando la eternidad me pareció haber aspirado algo de ella. Ahora siento de nuevo mi pequeñez. El espíritu tenia razon al decir que nada éramos.

ADAH. ¿Y porqué? Jehováh no ha dicho eso.

CAIN. No, Jehováh se contenta con hacernos tan nada como somos; y después de permitir al polvo que contemple el Paraiso y la inmortalidad, la reduce de nuevo á no ser más que polvo. ¿Y porqué?

ADAH. Ya lo sabes. Por la falta de nuestros padres.

CAIN. ¿Y qué responsabilidad nos cabe á nosotros de esa falta? si ellos pecaron, ellos solos debieran morir.

ADAH. Cain, ese pensamiento no procede de tí, sinó del espíritu que has acompañado. ¡Pluguies'

al cielo que ellos vivieran aunque en su lugar tuviese yo que morir!

CAIN. Y yo tambien. Con tal que una victima pudiera satisfacer al Señor insaciable. Con tal que este pobre hijo mio, hermoso, inocente, no conociera la muerte, las penas humanas, ni trasmitiera esta herencia á los que nazcan de él.

ADAH. ¿Qué sabemos? Acaso algun dia una purisima espiacion rescatará nuestra raza.

CAIN. Y sacrificar al inocente por el culpable es una espiacion? Nosotros somos inocentes; ¿porqué hemos de ser víctimas de una accion cometida antes de nuestro nacimiento? ¿Porqué serán necesarias víctimas para espiar ese pecado misterioso y sin nombre? ¿Es un pecado tan grande aspirar á la ciencia?

ADAH. Tú estás pecando, amado mio, tus palabras resuenan en mis oidos como una cosa impia.

CAIN. Entonces abandóname.

ADAH. Nunca, aunque tu Dios te abandonára.

CAIN. ¿Qué es lo que hay allí?

ADAH. Dos altares levantados por nuestro hermano Abel para ofrecer á Dios un sacrificio cuando volvieses.

CAIN. ¿Y cómo sabia que yo volveria dispuesto á tomar pàrte en las ofrendas que con frente humilde de miedo y no de adoracion, presenta al Creador para comprar su benevolencia?

ADAH. Pues seguramente ha hecho bien.

CAIN. Basta un solo altar. Yo no tengo ofrendas.

ADAH. Los productos de la tierra, las flores nuevas, las frutas, son aqui ofrendas agradables al Señor, cuando las presenta un corazon dulce y contrito.

CAIN. Yo he trabajado, he cultivado la tierra con el sudor de mi frente segun su maldicion. ¿Y no basta todavia? ¿Porqué he de ser dulce? ¿Por hacer la guerra á los elementos antes que me entreguen el pan que comemos? ¿Porqué he de estar agradecido? ¿Por ser

polvo, por arrastrarme en el polvo, hasta volverme polvo tambien? Sinó soy nada ¿debo ofrecer por esta nada acciones de gracias hipócritas y mostrarme satisfecho de sufrir? ¿Porqué he de estár contrito? ¿Por el pecado de mi padre bastante espiado, con lo que todos hemos sufrido, y con lo que nuestra raza tiene que sufrir aun por los siglos de los siglos? Este pobre niño que duerme, ¿quién duda que lleva en si el gérmen de la infelicidad de innumerables generaciones? Mas valdria cojerle durante su sueño y estrellarle contra las rocas antes que dejarle vivir para...

ADAH. ¡Oh Dios mio! No toques al niño, mi hijo! tu hijo! Cain!

CAIN. No temas, mujer, juro por todos los astros, por todo el poder que los dirije, que no le haré sentir un contacto más rudo que el beso paternal.

ADAH. ¿Pues porqué es tan terrible tu palabra?

CAIN. Decia que para él fuera preferible dejar de vivir antes de causar tantos dolores á su posteridad; pero si estas palabras te entristecen, solo diré que más hubiera valido que no naciera.

ADAH. No digas eso. ¿Dónde estarian entónces las alegrias de una madre? La felicidad de velarle, de nutrirle, y de amarle? Ya despierta. Cain, mirale lleno de vida, de fuerza, de hermosura y de alegria. ¡Como se me parece! Y á tí tambien cuando estás tranquilo; porque entonces todos nos parecemos. Madre, padre é hijos reflejan sus facciones los unos en los otros como en las ondas limpias y apacibles. Amanos, querido Cain: Mira como sonrie, cómo estiende sus brazos, cómo abre sus ojos y los tiene fijos sobre los tuyos buscando tus caricias, agitado é impaciente su cuerpecillo como si la alegria le diese alas. ¡Y hablabas de dolor! Los querubines que no tienen hijos envidian sin duda los goces

de un padre. Bendícele, Cain, aun no tiene palabras para darte gracias; pero su corazon te lo agradecerá y el mio tambien.

CAIN. Hijo, yo te bendigo si la bendicion de un mortal tiene algun poder; si es capaz de salvarte de la maldicion de la serpiente.

ADAH. Si le salvará. La sutileza de un reptil no ha de prevalecer sobre la bendicion de un padre. Nuestro hermano viene.

CAIN. ¿Tu hermano Abel?

ESCENA II.

ABEL, Y DICHOS.

ABEL. Cain, hermano mio, la paz del Señor sea contigo.

CAIN. Abel, salud.

ABEL. Nuestra hermana me ha dicho que te habias alejado con un espiritu. ¿Es alguno de los que vemos con frecuencia, con quienes conversamos como lo haríamos con nuestro padre?

CAIN. Nó.

ABEL. ¿Porqué le seguiste? Acaso sea un enemigo del Altísimo.

CAIN. Y un amigo del hombre. ¿El Altísimo como tú le llamas, se ha mostrado muy amigo nuestro?

ABEL. ¿Cómo yo le llamo? Me estrañan tus pensamientos. Adah, hermana mia, déjanos un momento: tenemos que ofrecer un sacrificio.

ADAH. Adios, amado Cain. Abraza primero á tu hijo. ¿Quiera Dios que su espiritu inocente y la piedad de Abel devuelvan á tu alma la serenidad y el reposo. (Adah sale con el niño.

ESCENA III.

CAIN, Y ABEL.

ABEL. ¿Dónde has estado, hermano?

CAIN. No lo sé.

ABEL. ¿Qué has visto?

CAIN. Los muertos: los misterios eternos: los mundos innumerables que existen y han existido:

un torbellino de objetos, soles, lunas, tierras, rodando en torno á mí con fulgurante armonía, y todo tan extraño, que me siento incapáz de entregarme á ninguna tarea mundana. Déjame solo, Abel.

ABEL. ¿Qué resplandor brilla en tus ojos, qué fuego sube á tus mejillas, qué es lo que resuena en tu voz, qué significa esto?

CAIN. Significa.....pero déjame, te lo suplico.

ABEL. No te abandonaré hasta que hayamos rezado y sacrificado juntos.

CAIN. Abel, te ruego que sacrifiques solo: Jehová te ama.

ABEL. Y á los dos.

CAIN. Pero á tí mucho más. Me es indiferente. Tú eres más apropósito para su culto: adórale pues, pero solo. A lo menos sin mí.

ABEL. Hermano, seria indigno del nombre de hijo de Adan sinó te reverenciase como superior; si en el culto que rendimos á Dios no te llamase á rogar conmigo y á precederme en el ejercicio de este sacerdocio. Es tu derecho.

CAIN. Que nunca he reclamado.

ABEL. Eso me aflije. Hoy por lo menos te suplico que condesciendas: tu alma parece agoviada bajo la influencia de no sé qué terrible ilusion, y esto te calmará.

CAIN. No, nada puede calmarme ¡aunque he visto la tranquilidad en los elementos, mi alma jamás la ha conocido! Hermano mio, abandónname, ó permíteme que te deje con tus piadosos designios.

ABEL. No haré lo uno ni lo otro.

CAIN. Pues que asi lo quieres, sea. ¿Qué es preciso hacer?

ABEL. Escoje uno de esos dos altares.

CAIN. Escoje tú. A mis ojos no son más que hierva y piedras.

ABEL. Decide por tí mismo.

CAIN. Pues éste.

ABEL. Es el mayor: asi te conviene como primogénito Ahora prepara tu ofrenda.

CAIN. ¿Y la tuya?

ABEL. Aquí está. Las primicias del ganado, humilde ofrecimiento de un pastor.

CAIN. Yo no tengo rebaños. Cultivo la tierra, y no puedo ofrecer más que los frutos que ella concede á mis sudores. Hélos aquí en todo su brillo y madurez (Disponen los altares y hacen la hoguera.)

ABEL. Hermano, ofrece tú el primero las súplicas que deben acompañar al sacrificio.

CAIN. Yo no entiendo estas cosas. Comienza y te imitaré como pueda.

ABEL. (Arrodillándose.) ¡Oh Dios que nos has creado que nos bendijiste poniendo en nuestro pecho el soplo de la vida! Tú, que despues del pecado de nuestro padre en vez de anonadar á todos sus hijos como hubieras podido hacerlo si la misericordia no hubiera desarmado á la justicia, nos concediste el perdon que es un verdadero Paraiso comparado con la enormidad de la ofensa. Unico rey de la luz, origen de todo bien, de toda gloria y de toda eternidad; tú sin el cual todo seria malo, y sin cuya ayuda nada puede faltar sinó es por algun alto designio de tu voluntad omnipotente. Ser impenetrable é irresistible, acepta de tu humilde servidor las primicias de su rebaño. Esta ofrenda nada es en si misma; pero ¿cuál podria ser digna de tus ojos? Acéptala como el homenaje de aquel que prosternando su frente en el polvo de donde ha salido ofrece á la faz del cielo este sacrificio en tu honor y gloria de tu nombre por todos los siglos.

CAIN. (En pié.) Espíritu! quien quiera que seas, acaso omnipotente: bueno, lo ignoro; á tus acciones toca probarlo, Jehová sobre la tierra, Dios en el cielo, tal vez tengas más nombres, pues tus atributos parecen tan numerosos como tus obras: si tu favor se obtiene con plegarias, escucha las nuestras. Si los altares pueden merecer tu benevolencia y los sacrificios seducirte, dos séres humanos han elevado para tí estas áras. ¿Amas la sangre? Sangre hay en el altar del pastor, que hu-

mea á mi derecha: ha degollado en tu honor la mitad de su rebaño y los miembros palpitantes exálan hácia el cielo el incienso de la carniceria. Mas si estos frutos de gusto suave, de hermosos colores, dulces productos de la clemencia de las estaciones esparcidos á la faz del sol que los ha madurado, sobre este musgo que no ensució la sangre: si estos frutos te agradan, intactos en su forma y en su vida; si un altar sin victimas no enrojecido por la sangre alcanza tu favor, mira este. El hombre que le ofrece es tal como tú le has formado, y no pide nada de lo que se obtiene de rodillas. Si es malvado, castígale. ¿Qué resistencia podria oponerte siendo tú todopoderoso? Si es bueno, castígale ó perdónale, como tú quieras; pues todo reposa en ti, y el mal y el bien parecen depender de tu voluntad. ¿Esta voluntad en si misma, es buena ó mala? Lo ignoro; pues condenado á sufrir sus decretos como hasta ahora los he sufrido, no soy omnipotente ni capaz de juzgar á la omnipotencia.

(El fuego que arde en el altar de Abel, forma una columna que sube hasta el cielo; un torbellino derriba el altar de Cain y esparce los frutos por la tierra.)

ABEL. (Arrodillándose.) Hermano mio, de rodillas, Jehová está irritado contra tí.

CAIN. ¿Porqué?

ABEL. Mira tus frutos derramados por la tierra.

CAIN. De la tierra han salido; que vuelvan á ella. Sus semillas producirán antes del verano nuevos árboles. Tu sacrificio de carne abrasada recibe mejor premio. Contempla como aspira el cielo hácia sí la llama cuando está perfumada por la sangre.

ABEL. No pienses en esto Prepara otro altar antes que sea tarde.

CAIN. No élevaré más altares ni permitiré que nadie los eleve.

ABEL. (Levantándose.) Cain. ¿Qué pretendes?

CAIN. Derribar ese vil aparato que alhaga á las nu-

bes, que lleva al cielo entre olas de humo tus estúpidas plegarias: ese altar teñido con la sangre de corderillos arrancados al amor maternal para morir degollados

ABEL. (Poniéndose delante.) No lo harás. No añadirás la impiedad de los actos á la impiedad de las palabras. Este altar está consagrado por el inmortal favor de Dios.

CAIN. ¿Su favor? Pues el sublime placer que toma en respirar los vapores de la carne ensangrentada, ¿puede compensar los dolores de esas madres que con sus balidos llaman aun á los hijuelos? Puede compensar las angustias de esas inocentes victimas del cuchillo piadoso?—Aparta: ese monumento de crueldad no quedará elevado bajo el sol para vergüenza de la creacion.

ABEL. Detente, hermano mio: no pondrás tu mano violenta sobre mi altar: si quieres arrepentirte con otro sacrificio.....

CAIN. ¿Otro sacrificio? Retirate, ó puede ser que la victima.....

ABEL. ¿Qué quieres decir?

CAIN. Aléjate, aléjate Tu Dios ama la sangre, ten cuidado. Aléjate, sino quieres que le ofrezca yo más.

ABEL. En su nombre todo poderoso, me interpongo entre ti y el altar que ha honrado con su favor.

CAIN. Si amas la vida, aparta; que yo disperse estas hiervas sobre su suelo natal; sino...

ABEL. (Poniéndose delante.) Amo á Dios mucho más que á mi vida.

CAIN. (Coje un tizon del altar y hiere á Abel en la sien.) Llevásela á ese Dios que se complace en la inmolacion de la vida.

ABEL. (Cayendo.) ¿Qué has hecho hermano?

CAIN. ¿Hermano?

ABEL. ¡Dios mio! recibe á tu servidor y perdona al fratricida. No sabe lo que hace.....Cain dame, dame tu mano y di á la pobre Zilah...

CAIN. (Despues de un momento de estupefaccion.)

¿Mi mano? está enrojecida ¿Y cómo? (Largo silencio.) ¿Dónde estoy?—Hermano despierta, ¿qué haces ahí tendido en el suelo? ¿porqué estás tan pálido? ¿Qué tienes? Hace un instante estabas lleno de vida. Abel, te suplico que no te burles de mi. Este golpe no será nada, ¿Porqué me has resistido? ¿Me engañas? ¿Quiéres asustarme? Haz un solo movimiento. ¡Oh asi....Suspiras....Recibo tu aliento. ¡Oh Dios, Dios!

ABEL. (Con una voz muy débil.) ¿Quién habla de Dios?

CAIN. Tu hermano.

ABEL. Que Dios te perdone, Cain. Consuela á la pobre Zilah. Ya no tiene más que un hermano. (Abel muere.)

CAIN. ¿Y yo tampoco? ¿Quién me ha arrebatado á mi hermano? Sus ojos se han abierto: no es posible que muera. La muerte se parece al sueño y el sueño cierra los párpados: sus lábios tambien se han entreabierto, aun respira...sin embargo, no siento su respiracion. Su corazon, su corazon....me parece que late...no, no...¡Es preciso que esto sea una ilusion! ¡Oh! que yo me haya convertido en habitante de un mundo peor que este. Su frente está húmeda y no hay rocio...¡es de sangre! sangre mia, sangre de mi hermano derramada por mi! ¿De qué me sirve vivir ahora, que he arrancado la vida á mi propia carne? Pero...no es posible que esto sea la muerte. ¿La muerte es el silencio? No, ya recobrará sus sentidos: velemos á su lado. ¿La vida es una cosa que se puede destruir tan fácilmente? Despues del golpe me ha hablado: ¿y qué le diré yo? ¿Hermano?—No á este nombre no responderá; porque los hermanos no se hieren....no importa. Háblame, Abel: una sola palabra de tu dulce voz para que yo soporte el sonido de la mia.

ESCENA IV.

ZILAH, ENTRA.

ZILAH. Escucho un ruido estraño, ¿qué será? ¡Cómo! Cain vela al lado de mi esposo.—¿Qué haces ahi hermano mio? ¿Duerme? ¡Oh cielos! ¿Qué significa esa palidez y esa sangre? No, no puede ser sangre, ¿quién la habrá vertido?—Abel, ¿qué tienes? No se mueve, no respira, y sus manos que levanto, vuelven á caer inanimadadas. ¡Ah cruel Cain! ¿Cómo no has venido á tiempo para defenderle?—No importa quien la haya atacado: tú eres más fuerte; tú debias haberte arrojado entre él y la fiera. *(Gritando.)* ¡Padre! ¡Eva! ¡Adah! ¡acudid! ¡La muerte está en el mundo!

CAIN. (Sólo.) ¿Y quién ha hecho venir á esa muerte? Yo, yo que la aborrecia hasta el punto de envenenar con su idea toda mi vida: yo la he conducido aquí; yo entregué mi hermano á su frio y silencioso abrazo como si ella tuviera necesidad de mi ayuda para entrar en posesion de su terrible privilegio. Un sueño fatal me ha hecho insensato; pero él ya no despertará jamás. (Llegan Adan, Eva, Adah y Zilah.)

ADAN. Los gritos dolorosos de Zilah nos han traido. ¡Qué veo! ¡Ah terrible verdad!..Mi hijo, (A Eva.) Mujer, contempla la obra de la serpiente y tuya.

EVA. El dardo de la serpiente está en mi corazon. ¡Jehováh! ¿arrebatarme á mi adorado Abel? Este castigo supera al crimen.

ADAN. ¿Quién ha cometido ese acto espantoso?—Habla, Cain, tú estabas presente. ¿Fué algun ángel enemigo del Señor, ó alguna fiera de los bosques?

EVA. ¡Ah qué horrible luz percibo! Mirad ese enorme tizon arrancado del altar, enegrecido por el humo y rojo de....

DAN. Habla, hijo mio, y asegúranos que á nuestro

infortunio no hay que añadir una desgracia mayor.

ADAH. Habla, Cain; di que tú no has sido.

EVA. Nadie más que él. Mirad como baja su culpable cabeza y cubre los feroces ojos con sus manos ensangrentadas.

ADAH. Madre, no le infames. Cain, justificate de esta horrible acusacion que el dolor arranca á nuestra madre.

EVA. ¡Que la eterna maldicion de la serpiente caiga sobre él!

ADAH. ¡Detente! no le maldigas madre, es tu hijo: es mi hermano y mi esposo.

EVA. Por él no teneis hermano: Zilah no tiene esposo, yo no tengo hijo; por esto le maldigo, le arrojo para siempre de mi presencia, y rompo todos los lazos que nos unian, como él ha roto los de la naturaleza.

ADAN. Eva, que este dolor natural no te arrastre hasta la impiedad. Desde hace largo tiempo nos estaba anunciado un terrible castigo. Ahora que comienza, soportémosle humildemente, y que Dios nos halle sometidos á su voluntad.

EVA. ¿Su voluntad? O mas bien la de este espíritu de muerte que yo he lanzado al mundo para sembrar la tierra de cadáveres, ¡Caigan sobre su cabeza todas las maldiciones de la tierra! ¡Que sus torturas le arrojen al desierto, como nosotros fuimos arrojados del Edeu hasta que sus hijos le traten lo mismo que él trató á su hermano. Que las álas y las espadas de los querubines irritados le persigan dia y noche: que nazcan serpientes bajo sus pasos, los frutos de la tierra se trasformen en cenizas en su boca; el follaje donde apoye su cabeza para dormir hierva en escorpiones. Sueñe eternamente con su victima, y al despertar tiemble continuamente delante de la muerte! ¡Que las ondas limpias se cambien en sangre cuando aproxime á ellas su lábio impuro y cruel: que todos los elementos le rechacen y contra él se cambien todas las le-

yes de la naturaleza! ¡Que viva en medio de los sufrimientos que hacen sucumbir á los demás, y que la muerte sea mas que una muerte para el primero que la hizo conocer al hombre!—¡Fuera de aqui, fratricida! desde ahora éste nombre será lo mismo que Cain, en toda la série de generaciones humanas. ¡Ojalá se marchite la hierva bajo tus pasos: los árboles te nieguen su sombra; la tierra un asilo, el polvo una tumba: el sol su luz y el cielo su Dios! (Eva se marcha.)

ADAN. Cain, retirate: ya no podemos habitar juntos; parte y déjame cuidar del muerto. Desde ahora estoy solo. Ya no nos volveremos á ver nunca.

ADAH. ¡Oh! No le abandones tú tambien: no añadas tu maldicion á la de mi madre.

ADAN. No le maldigo: en si mismo lleva su maldicion.—Ven Zilah.

ZILAH. Un beso aun á esta pálida arcilla; á éstos lábios antes llenos de frescura. ¡Oh corazon! ¡Pobre corazon mio! (Adan y Zilah se alejan llorando.)

ADAH. Cain, ya lo has oido: nos es preciso partir: yo estoy dispuesta, nuestros hijos lo estarán al momento. Yo llevaré á Enoc y tú á su hermana. Marchemos antes que el sol descienda para no atravesar el desierto bajo la sombra de la noche. Háblame, á mi, á tu Adah.

CAIN. Déjame.

ADAH. ¡Ay! todos te han dejado ya.

CAIN. ¡Y porqué estás tú aqui? ¡No temes habitar con aquel que ha cometido un crimen?

ADAH. Nada temo tanto como el abandonarte. Cualquiera que sea mi aversion hácia el acto que me privó de un hermano, yo nada debo hablar, Quédese entre Dios y tú. (Entra un angel.

ANGEL. ¡Cain! ¡Cain!

ADAH. Es la voz de un ángel.

ANGEL. ¿Dónde esta tu hermano Abel?

CAIN. ¿Soy yó el guarda de mi hermano?

ANGEL. Cain! ¡Qué has hecho! La sangre de tu hermano sube hasta el señor. Desde ahora serás maldito sobre la tierra que ha bebido tu san-

gre fraternal, vertida por tu mano culpable. El suelo que cultives no cederá á tus esfuerzos: y vivirás fugitivo arrastrando una existencia miserable.

ADAH. Este castigo es superior á sus fuerzas: si tú le rechazas de la faz de la tierra, Dios le rechazará de la suya. Si vá errante y fugitivo, cualquiera que le encuentre le matará.

CAIN. ¡Pluguiera al cielo! ¿Pero dónde están los que me han de matar sobre una tierra aun deshabitada?

ANGEL. Tú has muerto á tu hermano: ¿Quién te asegura que tu hijo no te dará la muerte?

ADAH. Angel de Dios, sé misericordioso! No digas que este seno que tanto le ama pueda nutrir á su matador.

ANGEL. No será asi. Dios me manda que imprima un sello sobre Cain, para que ninguno atente á sus días. Aquel que mate á Cain, llamará sobre su cabeza una venganza siete veces mas terrible, (Pone su mano sobre la cabeza de Cain.) Desde tu nacimiento fuistes duro y rebelde como el suelo que debes cultivar: aquel que has muerto era apacible y dulce como sus rebaños.

CAIN. Yo nací á poco tiempo de la caida de mis padres; el recuerdo de la serpiente no habia abandonado aun á mi madre; y Adan lloraba la pérdida del Eden. Bajo estos fatales auspicios vine al mundo. Ni yo he querido nacer, ni me he formado á mí mismo; más si á precio de mi vida pudiera rescatar la de Abel.. ¿Y porqué no? vuelva él á la luz, y quede yo en su lugar tendido y ensangrentado: asi Dios volverá á la vida al que ama, y me libraré del peso de una existencia que jamás he amado.

ANGEL. ¿Y quién borrará el fratricidio? Lo hecho, hecho queda; anda á cumplir el término de tus dias y que tus actos no se parezcan á este. (El ángel desaparece.)

ADAH. Ya ha partido; alejémonos: escucho llorar á nuestro Enoc.

CAIN. ¡Ah! y acaso no sabe porqué llora! y yo que he vertido sangre no puedo verter lágrimas. ¿Crées que mi hijo quiere mirarme aun?

ADAH. Si asi lo pensara dejaria de quererle.

CAIN. No, basta, basta de amenazas. Vé por nuestros hijos.

ADAH. No quiero dejarte solo con el muerto; partamos juntos.

CAIN. ¡Oh testigo inanimado cuya sangre que nada puede borrar, oscurece mi pensamiento. Adios, no debo, no me atrevo á tocar mi obra. Yo que he salido del mismo vientre que tú, que me he alimentado en los mismos pechos, que tantas veces te he oprimido tiernamente sobre mi seno fraternal, ya no volveré á verte! ni aun puedo hacer por tí lo que tú hubieras hecho conmigo: depositar tus despojos en su tumba, la primera destinada á la raza mortal. Ahora, al desierto.

ADAH. (Inclinándose y besando la frente de Abel.) Hermano mio, una suerte funesta y prematura ha terminado tus dias; de todos los que te lamentan yo soy la única que no debo llorar; mi deber es enjugar las lágrimas y no verterlas; sin embargo, de todos los que gimen ninguno puede gemir más dolorosamente que yo, no solo por ti, sinó por tu desgraciado hermano. (Se levanta.) Cain héme aquí dispuesta á llevar la mitad de tu desventura.

CAIN. Vamos hácia el oriente del Eden; es el sitio más árido, y el que más nos conviene.

ADAH. Condúceme á donde quieras: tú serás mi guia; Dios sea el tuyo. Vamos por nuestros hijos.

CAIN. Aquel que yace ahi, no los tenia. He agotado la fuente de una raza pacífica que hubiera embellecido su himeneo, atemperando el fiero ardor de mi sangre por la union de mis hijos con los suyos. Adios!

ADAH. La paz de Dios sea con él.

CAIN. Y con nosotros. (Se alejan.)

FIN.

3 0112 117463312